á una excelente mesa atractiva por la cocina francesa y local; lo obsequiaban con vinos exquisitos; disfrutaba á sus anchas de la hospitalidad veracruzana, franca, amplia, agradable, civilizada; recibía tres mil pesos mensuales, cuando el hambre entre todos los liberales era asoladora, especialmente entre los combatientes; disponía de un castillo invulnerable para evitar bombas y proyectiles, caso de que la plaza fuera atacada; á la puerta del castillo anclaban tres ó cuatro buques de guerra americanos prontos á tomar á su bordo á la legalidad y conducirla á los Estados Unidos, para ser arrullada en los poderosos brazos del amistoso Buchanan. Juárez no tenía más preocupación que el temor de que otro ú otros queriendo ser tan sublimes como él por medio de las dulzuras del poder y de los goces mundanos inefables, lo arrojasen de la silla presidencial. El vómito fué galante como un Quijote, pues no quiso tocar ni á uno sólo de los personajes que se refugiaron en Veracruz, tal vez porque sabía que eran inmortales.

Mis impugnadores, señores Carriedo é Iglesias Calderón, considerando imposible probar que la constancia en la buena vida es el heroísmo sublime y siendo la especialidad de Juárez imitar á los hombres de Plutarco por medio de las excelencias sibaríticas, discurrieron probarme lo sublime de la constancia presentándome sufrimientos morales ó mejor dicho suponiéndolos en Juárez muy intensos. Desgraciadamente el drama, la novela, la poesía, la barcarola con laúd, citara ó guitarra, se ocupan esencialmente de los sufrimientos morales, pero la historia no los toma en cuenta para calificar á sus héroes, ni tampoco los pueblos para premiar con su gratitud, ni mucho menos los gobiernos. Nunca un soberano ha ascendido á general á un coronel por los sufrimientos morales que tuvo al asistir á una batalla por haber dejado á su prometida á cincuenta centímetros de un rival, ó sin pan á sus amorosos hijos; nunca un pueblo se ha mostrado agradecido porque un ciudadano haya adquirido una afección cardiaca por los sufrimientos morales que le causaban los

odios de los partidos políticos; nunca un pueblo ha erigido una estatua á un Ministro de Hacienda, que sin remediar la bancarrota del Estado, adquiera fuerte anemia cerebral por invencible insomnio causado por el revoloteo de fatidicas cifras. Nunca la historia ha ungido á persona alguna con la grandeza por sus sufrimientos morales si éstos no responden por algún gran acto. Los sufrimientos morales sin dar lugar á actos como el de Guzmán el Bueno, ó como el del general Régules en Tacámbaro, ordenando que continúe el asalto cuando los asaltantes han visto sobre la trinchera del enemigo á la esposa é hijos de su general, no valen mas que para Dios y la familia, los amigos, el Arte. Los simples sufrimientos morales sin actos útiles no pueden tomarse en consideración. Una madre que ve morir á su hijo de hambre y de frío, es la expresión del sufrimiento moral más intenso que puede atormentar á una criatura humana; todos los días aparecen en la humanidad de estas heroínas por montones, y sin embargo la historia no les dedica monumentos como al gran Pasteur que tuvo sufrimientos morales vulgares é insignificantes. Pasteur fué un gran bienhechor de la humanidad y es lo que la especie premia á los que la sirven con eficacia. Por otra parte, hay una desigualdad en los hombres frente al sufrimiento moral; hay señoritas que' lloran, pierden el sueño y la mitad de su peso por ver morir á su canario favorito, mientras que Napoleón I no se conmovió causando la muerte de más de un millón de hombres por la metralla y el sable. No es posible quitar las estátuas de Napoleón I de sus pedestales, para colocar en ellos á las niñas que sufren por la muerte de sus canarios. Por último, Juárez pertenecía á una raza que no conoce el sufrimiento moral.

\* \*

Ahora bien, no es posible entender á primera vista, cómo los Estados federales mejicanos, no obstante su justo orgullo por la gloria de sus grandes hijos y no obstante su desenfrenada vanidad provincialista pregonera de multitud de falsas grandezas, han consentido tan rápida, tan fácil y tan completamente en que todas sus glorias locales y patrias hayan sido desconocidas, ultrajadas, olvidadas, postergadas, por elevar á Juárez cuya obra sublime nadie puede entender porque no existe; pero aun existiendo, nunca la verdadera gloria de un ciudadano, por eminente que sea, puede ser única, absoluta, no sólo en una época, sino en una serie de épocas y en el indefinido del porvenir. No se explica cómo Yucatán admite á Juárez sobre Quintana Roo; cómo Veracruz inclina á sus hombres como el insurgente Victoria, como don Miguel Lerdo de Tejada, como don Manuel Gutiérrez Zamora, para que le sean arrancados sus méritos al ser declarado Juárez el gigante de la Independencia y la Reforma. No se entiende cómo Jalisco no chista cuando en su suelo nacieron Gómez Farías, Pedro Ogazón, Miguel Cruz Aedo, Contreras Medellín. No se explica cómo Guanajuato no reclama á D. Ignacio Ramírez como gran apóstol de la Reforma y á Doblado como caudillo combatiente. Pero sobre todo, el Estado cuya actitud confunde, es Michoacán donde han nacido tres hombres que dominan en nuestra historia como sus tres más elevadas montañas volcánicas: Morelos, Degollado y Ocampo. Duele ver que en Michoacán ha producido unos cuantos tostones la subscripción para una estatua dedicada al verdadero coloso Morelos y se anuncian recogidos miles de pesos para una estatua á Juárez y otros miles para otras estatuas fuera del Estado. La frontera ha tenido igual conducta respecto de Zuazua, Blanco y Zaragoza. Chihuahua tuvo un gran caudillo de la Reforma, Coronado,

dió su vida por ella y le prestó eminentes servicios; pero ya su memoria fué devorada por la bulimia juarista.

Sólo un Estado ha cumplido con su deber, Zacatecas. Hace algunos meses obligó al "Imparcial" por medio de documentos precisos, intachables, extendidos por notario, á que afirmara que antes de que Juárez hubiera decretado el matrimonio civil, lo había hecho el general Jesús González Ortega.

\* \*

Hay otro gran fenómeno en apariencia inexplicable. El catolicismo ha progresado en Méjico como en todo el mundo; la Iglesia, dogmáticamente, no acepta la libertad de pensar, pero la reconoce como un hecho indestructible, universal, sociológicamente necesario, políticamente tolerable, humanamente soberano. No hay periódico clerical que al defender el catolicismo niegue á sus adversarios el derecho de no ser católicos; no hay órgano en la prensa clerical ni católico autorizado por el Papa ó sus prelados para insultar á los no católicos; la Iglesia sólo autoriza á sus escritores á que la defiendan con razones. ¿Cómo se explica que precisamente entre los liberales mejicanos, se halla instituido el insulto para combatir á los que no ven en Juárez el hombre que el jacobinismo presenta? ¿El liberalismo enemigo del clericalismo se está convirtiendo en religión de Edad Media, para ser intolerable? El fenómeno tiene esta explicación: En la civilización moderna no son posibles los hombres grandes con grandeza impuesta por verdugo, ya sea éste el Estado, la Iglesia ó la opinión pública. El hombre grande moderno sale fundido de las fraguas de la crítica implacable libremente encendidas con pasiones ó raciocinios duros, blandos, puros ó impuros. Substraer á Juárez de la libertad de la crítica implacable y pretender protegerlo con la critica reposada, critica de familia para que no lo hiera el menor cambio brusco atmosférico, prueba que el juarismo cree en todo menos en la real grandeza de su ídolo. El procedimiento en Méjico era útil hace cincuenta años, hoy es ridículo. Ni el Estado, ni la nación, ni la humanidad tienen poder ni derecho para consagrar grande á un hombre. Ese poder y ese derecho corresponden á un solo soberano que se llama: "El libre examen." La crítica reposada es la industria que forra á los pigmeos con oropeles.

El culto actual por Juárez es pasajero, por lo mismo que es contrario al verdadero estado de civilización que ha alcanzado Méjico. Juárez en la Reforma ocupa un lugar importante decorativo, puesto que con el título de Presidente de la República expidió algunas leyes y para los pueblos latinos no puede haber rey que firme una gran ley sin que sea un gran rey; criterio que no tienen los pueblos anglosajones y que tampoco debían tener los latinos, porque la historia enseña que son numerosos los reyes insignificantes en el concepto de los latinos que han sancionado con su firma leyes muy importantes.

Puede, pues, decirse, siempre siguiendo el criterio latino, que Juárez fué gran Reformador por que la casualidad lo hizo presidente de la República en 1858 y se halló casualmente en un país en donde todo el que firma ley importante es grande. Mas el criterio latino de Zarco, Zamacona, Arteaga, Prieto, Gutiérrez Zamora, y otros célebres liberales de la época, no admitían que Juárez gran Reformador, fuera el más grande de los reformadores y mucho menos el único, ni que tuviera más méritos que los caudillos que con sus victorias dieron vida á las leyes de Reforma, decretadas la mayor parte de ellas por ellos, antes que lo hiciera Juárez.

Como mi criterio no es latino, yo veo en Juárez un reformador de mediana talla con motivo de su ley sobre fueros, de Noviembre de 1855, y estoy enteramente de acuerdo con don Miguel Lerdo de Tejada, con el "Club Veracruzano" órgano de Gutiérrez Zamora y con las apreciaciones de Vidaurri, González Ortega, Ogazón y otros liberales, que consideraron la obra reformista de Juárez en Veracruz como la

propia de una nulidad, por no haber sido el autor de las leyes, ni el iniciador de su promulgación, ni el primero que promulgó la mayor parte de ellas, ni haber manifestado entusiasmo por su expedición sino resistencia tenaz, vencida por la actitud amenazante del partido rojo resuelto á deponerlo del cargo de Presidente.

Respecto á actos tan censurables y delictuosos como el tratado Mac-Lane y la invasión norteamericana en Antón Lizardo, Juárez fué menos culpable que sus ministros que autorizaron esos actos. Juárez jamás iniciaba leyes, ni actos buenos ni malos. Su falta de iniciativa era completa, excepto cuando se trataba de la conservación de su presidencia. La política invariable de Juárez fué:

- 1º. Jamás iniciar.
- 2º. Dejar hacer á sus ministros lo que no consideraba grave.
- 3º. Resistir toda medida grave de cualquiera naturaleza que fuera, y ceder sólo, cuando en su concepto su resistencia comprometía su permanencia en el poder.

Juárez, pues, resistió á la promulgación de las leyes de Reforma, como resistió á los actos culpables Mac-Lane y Antón Lizardo: por consiguiente si se le toma en cuenta como mérito haber resistido á la comisión de actos altamente censurables, debe tomarse también en cuenta para disminuir su mérito la resistencia á la expedición de las leyes de Reforma.

Juárez por su papel de tranca atravesada en las ruedas del carro gubernamental prestó el importante servicio de rebajar los males que acostumbran prodigar á las revoluciones las juntas de gobierno civil compuestas de civiles, cuando no existe población que gobernar. Sin Juárez estoy seguro que el gobernador Gutiérrez Zamora se hubiera visto precisado á dar un golpe de Estado y á arrojar al mar á los inmortales civiles; y también sin Juárez, que sabía mostrar la admirable prudencia de lo inanimado, el generalísimo Dego-

llado no hubiera podido impedir la ruptura definitiva entre los caudillos del Interior y el gobierno civil de Veracruz.

La firmeza loable de Juárez, no consistió en sostener la guerra, sino en evitar una guerra intestina en el mismo Veracruz y fuera de Veracruz. No fué centro de acción ni de unión porque no lo hubo; pero impidió ayudando con su extremada prudencia y humildad la obra de Degollado, que la anarquía existente no tomara proporciones más desastrosas que las que tuvo.

El papel de Juárez en la Reforma de 1858 á 1860, fué insignificante; pero su papel en la guerra de Reforma fué altamente benéfico desde el momento en que se consideraba indispensable un imaginario gobierno civil cuyas funciones eran teóricamente inútiles y prácticamente abominables.

La reforma en Méjico como en el mundo, se debe al movimiento intenso, continuo, evolutivo, de formidables intereses morales, intelectuales, económicos. La debemos á la acción mental de los teólogos heterodoxos, á nuestros legistas regalistas, á nuestros liberales católicos y á nuestros librepensadores rojos. La debemos al sistema cacical dominante en el país hasta los últimos años; la debemos á la codicia excitada por las grandes riquezas del clero; á la fatiga de la tiranía eclesiástica y militar; al ejemplo de las sociedades extranjeras; al deseo de libertad y justicia de los ciudadanos sensibles á estos bienes; á los grandes desaciertos de los gobiernos conservadores; la debemos al trabajo de cincuenta años de una prensa implacable que no quiso hacer la crítica reposada del antiguo régimen.

En 1860, la causa de la Reforma dominó debido á las victorias de los caudillos liberales, pero las batallas se ganan y se pierden; se triunfó en Calpulalpam, pero si se ha perdido como estuvo á punto de suceder la batalla de Pachuca ganada por el general Santiago Tapia en Noviembre de 1861, cuatro días después el general Márquez hubiera arrojado á Juárez de la capital. Las leyes de Reforma no son la obra de un inca en perpetuo síncope, ni la de la potencia electo-

ral de un pueblo ó de un partido, ni la de una revolución popular; son el resultado de una revolución de aspecto militar, y debemos á los caudillos militares victoriosos el triunfo material de la Reforma. El triunfo moral aún no está consumado, lo vamos obteniendo por nuestro progreso intelectual, por el de la Iglesia, por la formación de una masa formidable de intereses económicos, opuestos á todo privilegio eclesiástico. Los conservadores de 1905, son rojos comparados con los moderados de 1845.

Es indudable que los más distinguidos en esta gran obra, han sido los que sostuvieron con las armas el gran choque de 1858 á 1860, fueron guerreros, fueron apóstoles, fueron mártires, fueron legisladores, fueron ejecutores de las más trascendentes leyes de Reforma, antes que Juárez hubiera cedido al empuje de la ola roja de sangre y principios; fueron esos caudillos los reformadores de Juárez que pertenecía por su conciencia á los moderados de 1856, y que había pertenecido á los católicos del viejo molde de 1824. A esos caudillos les debemos, no toda la Reforma, ni la mayor parte de la Reforma, muchisimo hicieron pero hubieran fracasado sin la cosecha de ideas é intereses que les legaron los reformadores del pasado y sin el apoyo de fuerzas superiores á las suyas. Entre los caudillos de 1858 á 1861 el primero fué don Santos Degollado y le siguen inmediatamente don Pedro Ogazón, don Jesús González Ortega, don Manuel Gutiérrez Zamora, don Juan Zuazua, don José María Díaz Ordaz, don Esteban Coronado; viniendo después Contreras, Medellín, Blanco, Zaragoza, Salinas, Díaz (Porfirio), Rosales, Cruz Aedo, Núñez (Silverio), Arteaga (José María), Berriozábal, Doblado, Antillón, Huerta, Pueblita, Aramberri, Garza (Juan José), Alatriste, Alvarez, (don Justo) é Iniestra.

Debemos agradecer en segundo término la Reforma (no su conducta durante la guerra) al gobierno de Veracruz, en primer lugar á Ocampo, después á Lerdo de Tejada, ambos reformistas radicales antes de 1858, y por último á Juárez, no por reformista sino por haberse dejado reformar y dar su

sanción de pura fórmula á la voluntad inexorable de la Revolución. Juárez fué el gran Reformado, no el gran Reformador.

\* \*

Aun cuando Juárez hubiera desempeñado en la guerra de Reforma el gran papel de Degollado como caudillo y reformador; aun cuando hubiera hecho la obra intelectual reformista de Ocampo y Lerdo de Tejada; aun cuando los gobernadores Vidaurri, Ogazón y González Ortega no se hubieran anticipado á promulgar la mayor parte de las leyes expedidas por Juárez en Veracruz, ni aun así se debería la Reforma en Méjico á Juárez; sino que siempre se le debería á generaciones de hombres, de épocas, de esfuerzos inauditos; siempre se le debería á nuestra historia de sangre, vicios, aspiraciones, degradaciones, guerras tremendas. El pretorianismo y el famelismo constituyendo la bochornosa gastrolatria nacional, desfiguraron, envilecieron, deshonraron la lucha fratricida de sesenta años; pero dentro de esa lucha se desenvolvían los principios y se verificaba el choque entre el pasado y las necesidades del presente.

Es profundamente ofensivo para la intelectualidad mejicana de 1905, proclamar que á un hombre llamado Juárez, debemos lo que sólo se dan á sí mismos los pueblos cuando han llegado á un alto grado de cultura y riqueza: Libertad y Democracia. La Democracia y la Libertad son obras exclusivas del pueblo; ó el pueblo las realiza ó no existen más que borroneadas en algún papel. En cuanto á que Juárez nos ha dado patria, es también otra mentira, y respecto á la Reforma ya he dicho hasta el cansancio que una revolución profunda y trascendental de sesenta años, no puede ser obra de un solo hombre y mucho menos de un hombre que apareció en escena en los últimos tres años de lucha, sin pensamiento ni acción, para contemplarla como espectáculo de circo yankee.

Para prosternar mi conciencia ante la deformidad de un

idolo, se me ha gritado que ¡Juárez es la Patria! Yo no tengo concepto tan mezquino de la Patria, que sería rechazado con cólera hasta por los salvajes que tienen la dignidad del politeismo. Yo tengo la dignidad del hombre libre, soy de mi siglo, de mi raza, del medio intelectual mejicano en que siempre he vivido, yo he crecido al lado de liberales de alto porte, y si Juárez es la Patria, declaro que no quiero ser patriota. Cuando Miramón afirmó en su Manifiesto de Agosto de 1859: "la Religión es la Patria, y el que no ame la religión es un traidor"; Ocampo contestó: "mi deber es traicionar á esa Patria falsa, para engrandecer la que amo como expresión de la Justicia, del Derecho y de la Libertad."

Yo tengo la Patria de Ocampo.

Conclusión última. La obra de nuestra Reforma es colonial y nacional. Se debe á generaciones de hombres ilustres y clases sociales sensibles al progreso, y los tres hombres que más descuellan son: Don José María Morelos, Don Valentín Gómez Farías y Don Santos Degollado. La obra del juarismo es despojar á todos los mejicanos ilustres de sus méritos para crear un Juárez de mitología jacobina. Es deber combatir semejante iniquidad.

Mi libro es una obra de verdad, de moral, de justicia, de civilización.